



VENDIDO A LA ESCLAVITUD

Derechos Reservados © Bible Pathway Adventures 2016

Autor: Pip Reid

Ilustrador: Thomas Barnett

Director Creativo: Curtis Reid

Traductora / editor: Carla Grant Bucholz / Javier Les

VENDIDO A LA ESCLAVITUD

Publicado por primera vez 2016

Gracias por la compra de este libro y por su apoyo a Bible Pathway Adventures (Senda de Aventuras Biblicas). Somos una organización sin fines de lucro que ayuda a los padres y profesores de todo el mundo a enseñar a los niños la base de nuestra fe de una manera creativa y diversión. Los colaboradores como usted son la fuente de los fondos para el desarrollo de aplicaciones, proyectos de traducción, y la creación de historias y materiales de discipulado para las familias de todo el mundo.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves en revisiones críticas y en particular, otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para las solicitudes de permisos, escriba al editor en el sitio web a continuación:

www.biblepathwayadventures.com

VENDIDO A LA ESCLAVITUD

“No os entristezcáis por haberme vendido como esclavo aquí, ni os enojéis, porque Dios me envió ante vosotros para preservar la vida.”

(Génesis, 45:5)

Hace mucho tiempo, en la tierra de Canaán, vivía Jacob, un gran patriarca hebreo. Jacob tenía cuatro esposas y muchos hijos. De todos sus hijos, a quien más amaba era al joven José.

Al hacerse José mayor, sus hermanos notaron que su padre le amaba más que a ellos. Para empeorar las cosas, muy a menudo, a menudo José informaba a su padre del mal comportamiento de sus hermanos. Éstos no eran buenos con él, ni con sus vecinos, ni entre ellos.

Rubén, el hijo primogénito, se comportaba tan mal que Jacob le quitó su bendición especial llamada derecho de nacimiento y se la otorgó a José: “Cuando yo muera, José dirigirá esta familia”, dijo Jacob. Y le entregó una hermosa capa honorífica para demostrarles a todos cuánto amaba a su hijo pequeño.

José se sentía orgulloso de su bella capa. La utilizaba allí donde iba. ¡Pero cuando sus hermanos vieron lo que su padre había hecho, sintieron más celos de José y desearon que desapareciera!



Una noche, mientras todos dormían, José tuvo un extraño sueño. Cuando se despertó a la mañana siguiente, estaba ansioso por contárselo a sus hermanos: “En mi sueño, nuestra familia estaba juntando el grano y vuestros montones se inclinaban ante los míos”.

Los hermanos de José apretaron los dientes. No querían escuchar nada del extraño sueño de su hermano menor. “Sí”, se burlaban, “¡Con seguridad, tú serás nuestro rey! ¡Harás un gran trabajo dirigiéndonos!”.

Poco tiempo después, José tuvo otro sueño. “¡Escuchad!”, anunció. “En este sueño, el sol, la luna y las once estrellas se inclinaban ante mí”. Esta vez se lo contó tanto a su padre Jacob como a sus hermanos.

“¿Qué significa ese sueño extraño que tuviste?”, dijo Jacob. “¿Acaso piensas que tu familia se inclinará ante ti?”. Los hermanos se mostraron de acuerdo: “Nosotros no vamos a inclinarnos ante nuestro hermano menor. Él se cree mejor que nosotros”. Sus corazones se resintieron aún más y empezaron a tenerle más odio del que ya le tenían.



Aunque Jacob y su familia vivían en tiendas, Jacob era un hombre rico. Tenía un gran rebaño de ovejas y cabras, así como muchos camellos y burros. Cada día su familia trabajaba muy duro en los campos para cuidar de los animales.

En una ocasión, los hermanos llevaron a las ovejas de su padre a pastar en campos lejanos. Jacob sabía que sus hijos, a menudo, se metían en problemas cuando estaban lejos del hogar. Tras varios días sin saber de ellos, Jacob dijo a José: “Ve donde tus hermanos para comprobar que no están metidos en problemas”.

José rápidamente obedeció a su padre. Se puso su bonita capa y fue en busca de sus hermanos. Cuando le vieron acercarse, uno de ellos dijo: “Aquí viene el soñador, José. Matémoslo y contemos que un animal salvaje lo devoró”.

Los otros hermanos asintieron: “Por estos lares no hay nadie. ¿Quién se enterará de lo que hagamos?” Pero Rubén, quien en secreto esperaba rescatar a José más tarde, sacudió la cabeza. “No, no lo matemos. En vez de eso, arrojémoslo dentro de un pozo”.



Cuando José se reunió con sus hermanos, ellos lo rodearon, le quitaron su preciosa capa y lo tiraron dentro de un pozo seco, oscuro y profundo.

Los ojos de José se agrandaron. Miró ansiosamente alrededor del pozo. “No me abandonéis aquí”, gritó a sus hermanos. “¿Qué os he hecho?” Los hermanos se asomaron dentro del pozo y rieron: “¡Veremos qué pasa con tus sueños ahora”.

Al caer el sol, los hermanos se sentaron cerca del pozo para comer. Pronto, se acercó un grupo de comerciantes; sus camellos iban cargados con especias para vender en Egipto. Los hermanos rápidamente se pusieron de pie y señalaron la caravana. “Rubén no está aquí ahora. ¡Ésta es nuestra oportunidad! Vendamos a nuestro hermano menor a estos mercaderes”.

Al llegar la caravana, los hermanos sacaron a José fuera del pozo y lo vendieron por veinte piezas de plata. Cuando regresó Rubén ya era muy tarde. José se había marchado. Sus hermanos habían llevado a cabo su malicioso plan y lo habían vendido como esclavo.



Los hermanos inventaron entre todos una historia que contar a su padre. Empaparon la capa de José con sangre de una cabra y la llevaron a casa para mostrarla: “Hemos encontrado el manto en los campos. ¿Pertenece a José?”. Jacob tomó la prenda horrorizado. “¡Sí, sí, es suyo! ¡Los animales salvajes han debido de matar a mi hijo!”. Jacob, desconsolado, se rasgó las vestiduras y lloró durante muchos días.

Entretanto, José y los mercaderes viajaron a través del desierto hasta llegar a Egipto. José nunca antes había estado allí. Contempló asombrado los imponentes edificios. Enormes faraones de piedra se sentaban en sus tronos. Inmensas pirámides brillantes se elevaban hacia las alturas. “¿Qué pasará conmigo?”, se preguntaba. “¿Volveré a ver a mi padre?”.

Los comerciantes vendieron a José a Potifar, un importante cargo de la corte del faraón, el rey de Egipto. La vida en aquel país era muy diferente a la de la tierra de Canaán. La familia de Potifar comía alimentos extraños y adoraba a dioses falsos, pero José se mantuvo fiel a los mandatos de Dios: “Yo sólo rezaré a Jehová, el único Dios verdadero”.

José trabajaba duro para Potifar, que se mostraba complacido. “Tu dios te ha bendecido. Te pondré a cargo de mi casa y de todos mis sirvientes”. De ahí en adelante, Dios bendijo a Potifar y todas sus pertenencias debido a José.

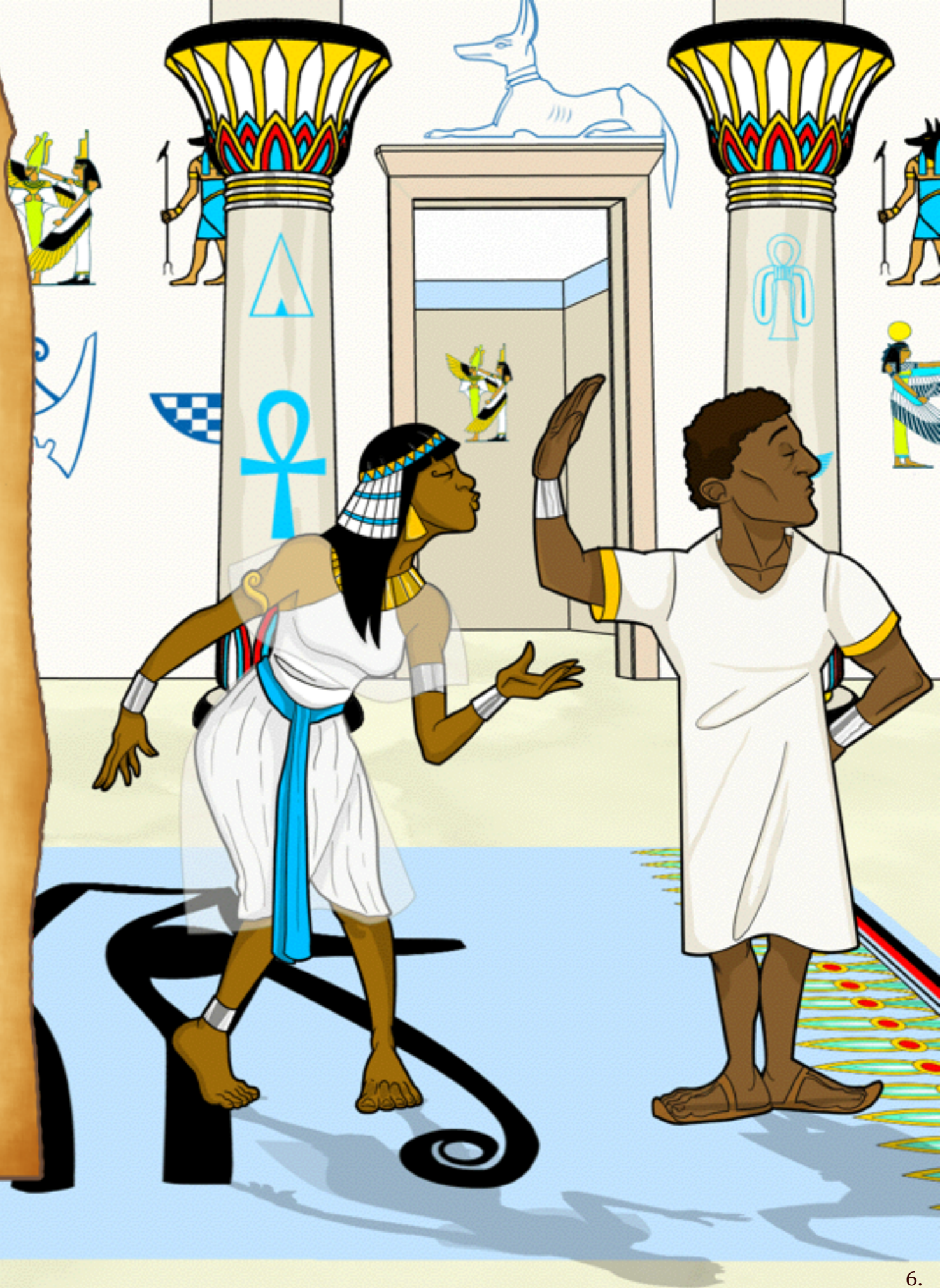


Los años pasaron y todo iba bien para José. Solamente había un problema. La esposa de Potifar se sentía atraída por José y trataba de seducirlo. Un día, estando su esposo fuera de casa, le pidió a José que pasara un tiempo a solas con ella. Pero José negó con la cabeza y contestó: “Tu esposo me pidió que cuidara de su casa. No puedo traicionarlo”.

La esposa de Potifar no se dio por vencida. Día tras día, le rogaba a José que pasara tiempo a solas con ella. Pero José temía a Dios y no la escuchaba. Finalmente, a ella se le ocurrió un plan perverso. Un día, mientras José trabajaba en la casa, tiró de las vestiduras y lo arrastró hasta su alcoba. José huyó tan rápido como pudo, dejando su ropa en poder de la mujer.

La esposa de Potifar estalló en una terrible furia. “Si José me rechaza, lo meteré en problemas”. Esa noche inventó una mentira sobre José y dijo a su esposo: “El esclavo hebreo trató de besarme, pero grité y salí corriendo”.

Cuando Potifar oyó la historia de su esposa y vio las vestiduras de José, se puso furioso. Golpeando sus puños sobre la mesa, dijo: “¡Cómo se atreve José a traicionarme! ¡Encarceladlo!”.

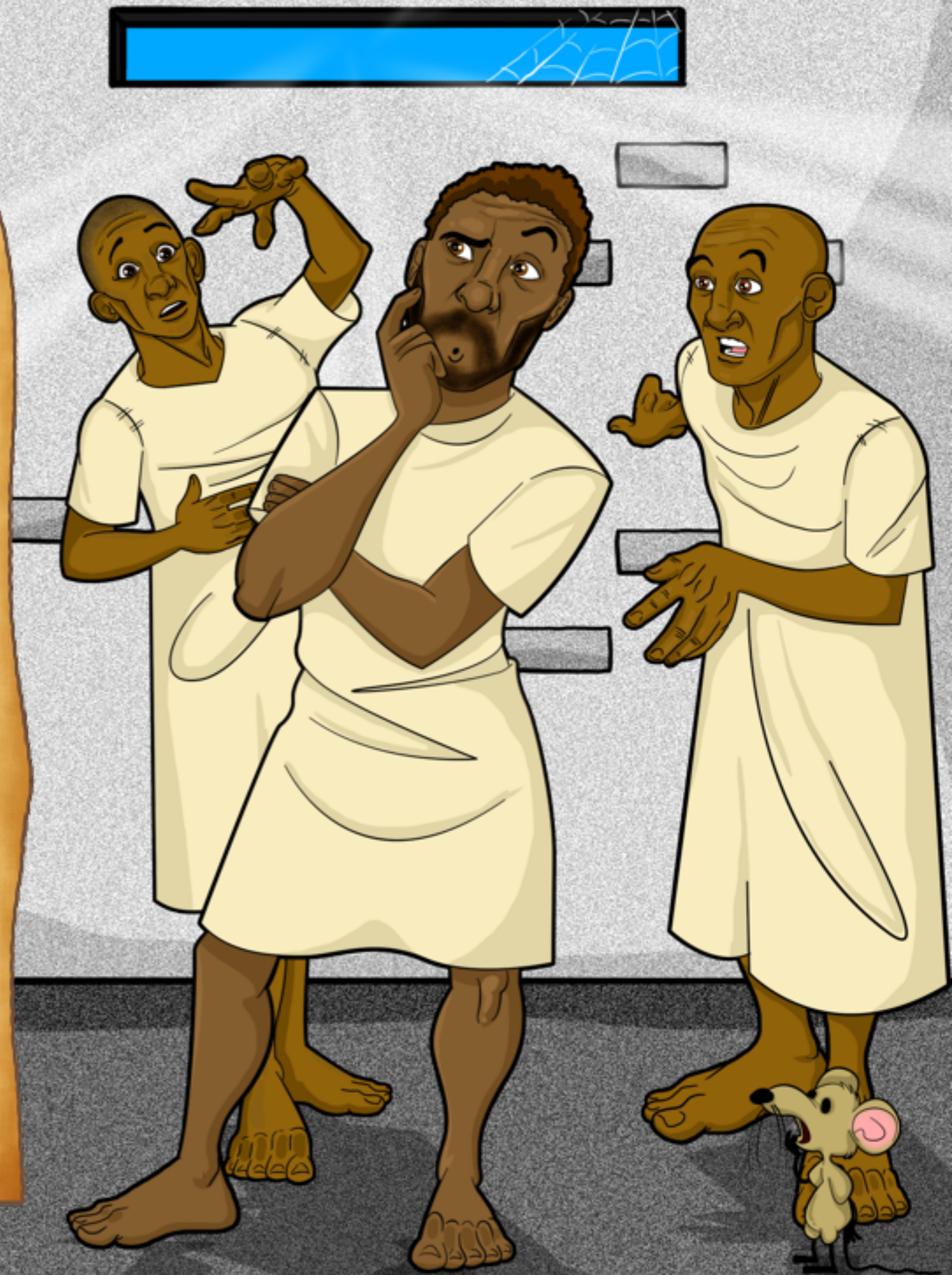


Metieron a José en la cárcel del faraón durante muchos años. Pero aun así, Dios estaba con él. Todo lo que José hacía le salía bien y lo pusieron a cargo de todos los prisioneros. Durante este tiempo el faraón se enojó con su mayordomo y con su panadero y los metió en la misma prisión donde estaba José, quien los protegió.

Una noche mientras estaban durmiendo, el mayordomo y el panadero tuvieron sueños extraños. A la mañana siguiente cuando José les llevó su comida, le contaron: “Ambos hemos tenido sueños que no logramos entender”. A lo que José contestó: “Mi Dios ayuda a los hombres a entender sus sueños. Contadme los vuestros”.

El mayordomo dijo a José: “Vi una viña con tres ramas y muchas uvas maduras. Exprimí las uvas dentro de la copa del faraón y se lo di a beber”. José pensó por un momento y luego dijo: “En tres días, el faraón te devolverá tu trabajo”.

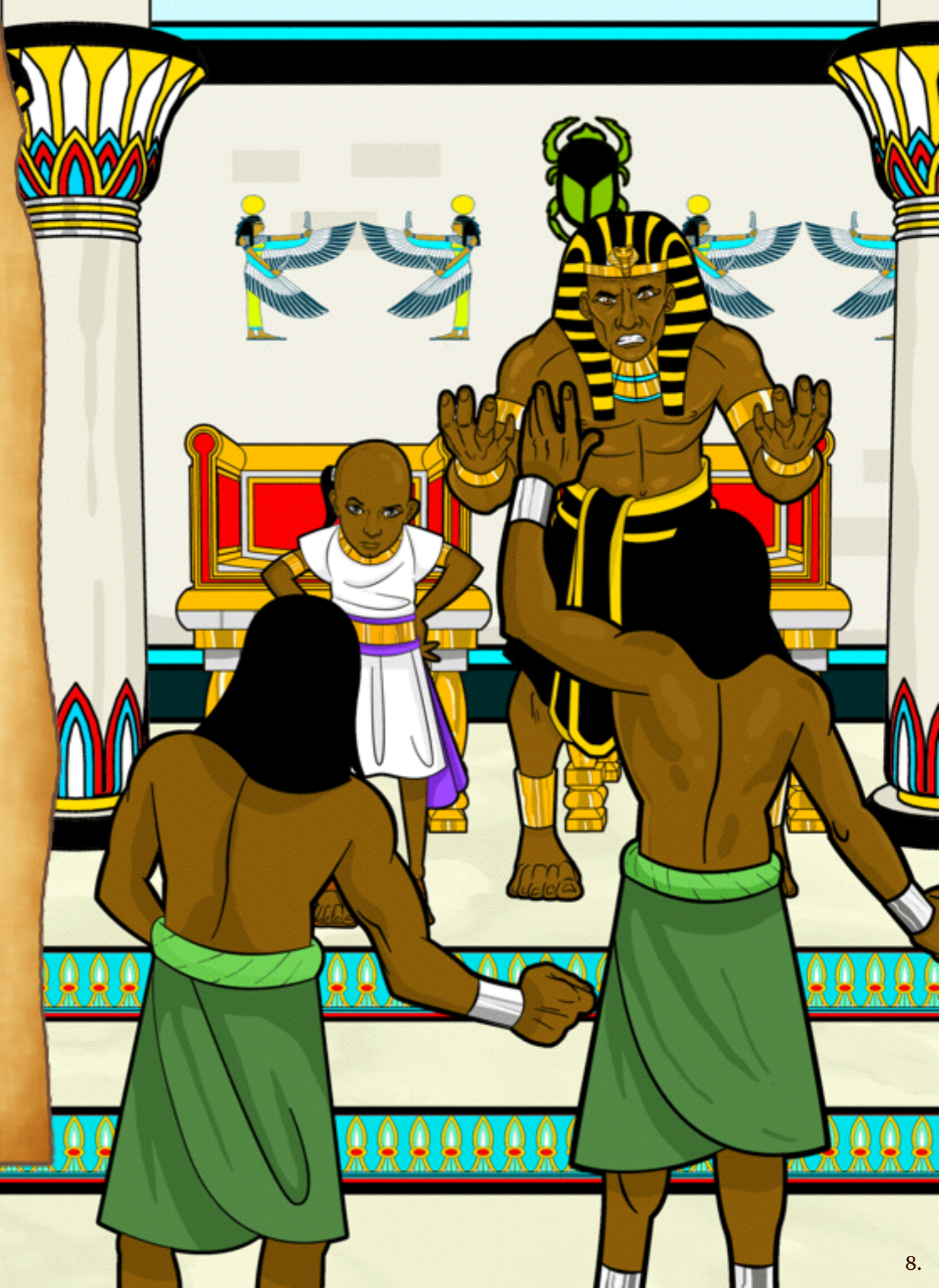
El panadero se emocionó al oír el significado del sueño del mayordomo. Tomó del brazo a José y le dijo: “En mi sueño había sobre mi cabeza tres cestas llenas de pan. Pero los pájaros se comieron todo el pan sin dejar nada”. José miró con tristeza al panadero: “Dentro de tres días el faraón ordenará tu muerte”.



Tres días después, el faraón celebró en su palacio una magnífica fiesta de cumpleaños. Durante la fiesta, el faraón mandó llamar al mayordomo y al panadero. El mayordomo recuperó su trabajo y el panadero fue condenado a morir en la horca, tal como José había vaticinado. Pasaron dos años y José seguía en prisión. Una noche, el faraón tuvo dos sueños alarmantes que no pudo entender. Pasó la noche dando vueltas en la cama. En uno de los sueños, siete vacas bien alimentadas fueron a pastar al río Nilo. Después, siete vacas desnutridas salieron del río y se comieron a las vacas carnosas.

El faraón se despertó y luego se volvió a quedar dormido, y soñó con siete robustas espigas de grano que crecían. Seguidamente, aparecieron siete espigas demacradas que se comieron a las espigas colmadas. Cuando despertó a la mañana siguiente, mandó a llamar a todos los magos de Egipto a su palacio: “¡Decidme qué significan estos sueños!”, clamó. Pero por mucho que se esforzaron, los magos no consiguieron explicar el significado de los sueños del faraón.

De repente, el mayordomo recordó su sueño y lo bondadoso que había sido José en prisión. “Hay un prisionero hebreo que interpreta los sueños”, dijo al faraón. “Quizás podría explicarte los tuyos”. La cara del faraón se iluminó: “Los inútiles de mis magos no saben nada. Traedme a ese hebreo que interpreta los sueños”.



El faraón se sentó en el borde de su trono dorado y miró esperanzado a José: “Mis magos son unos inútiles y no me pueden explicar mis sueños. Pero uno de mis sirvientes me aseguró que tú sí podrías”. José contestó: “Mi Dios entiende los sueños, yo no. Él me ayudará a averiguar el significado de tus sueños”.

José escuchó atentamente mientras el faraón le explicaba sus extraños sueños. “Tus sueños son advertencias de mi Dios”, dijo José. Egipto tendrá siete años de prosperidad, seguidos de siete años de escasez. No crecerá nada de grano. Deberías reunir víveres ahora y guardarlos para más adelante”.

El faraón nunca había conocido a alguien tan sabio como José. Sabía que estaba diciendo la verdad. Se quitó un anillo y lo colocó sobre la mano de José. Le colgó una cadena de oro alrededor del cuello y le entregó ropa de excelente calidad. “Ahora debes liderar a todo Egipto”, dijo el faraón. “Todos deben hacer lo que tú mandes”.

José tenía treinta años de edad cuando se convirtió en el gobernador de Egipto. Solamente el faraón era más importante que José.



Para ayudar a José con el gobierno de Egipto, el faraón le asignó una magnífica carroza de oro para desplazarse con ella. Allí, donde iba José, los sirvientes del faraón caminaban delante de la carroza gritando: “¡Arrodillaos ante el gobernador de Egipto!”.

José era un buen gobernante y su fama llegó a todas partes. Sabía lo que tenía que hacer porque Dios le había indicado que habría una gran escasez. Durante los siguientes siete años, construyó largos canales para almacenar agua y enormes almacenes para guardar comida. ¡José llegó a almacenar tanto grano que no podía contarlos!

Cuando los siete años de abundancia concluyeron, llegaron los siete años de escasez. Día tras día el sol quemaba y la tierra se convertía en polvo. Los egipcios estaban tan hambrientos que sus estómagos gruñían: “¡Tenemos hambre ¡Por favor, danos de comer!” , rogaban los egipcios al faraón.

El faraón sabía que José había hecho planes para hacer frente a la escasez. Dijo a los egipcios: “Id donde José y haced lo que él les diga”. Entonces José abrió todos sus almacenes. Vendió grano a los egipcios y todos tuvieron suficiente para comer.



En aquella misma época, la escasez alcanzó la tierra de Canaán, donde vivía la familia de José. Cuando Jacob, su padre, se enteró de que en Egipto había grano, dijo a sus hijos: “Id a Egipto y comprad comida para que no muramos de hambre”. Jacob se quedó en casa, con Benjamín. No quería perder otro hijo.

Los hijos de Jacob ensillaron sus burros y se dirigieron a Egipto. Nunca, ni en sus sueños más descabellados, podrían haberse imaginado que el poderoso gobernador de Egipto era su hermano José.

Cuando los hermanos llegaron a Egipto, se inclinaron ante él y le dijeron: “Ya no queda grano en la tierra de Canaán. Hemos venido a comprar comida para nuestras familias”. Ninguno de ellos reconoció a José con sus exquisitas vestimentas egipcias.

José reconoció a sus hermanos de inmediato. Judas, Simón, Rubén, Zebulón. Todos sus hermanos, menos Benjamín, habían venido y se habían inclinado ante él. ¡Los sueños que Dios le había enviado tantos años atrás finalmente se estaban convirtiendo en realidad!



A José se le ocurrió un plan astuto. Decidió mantener en secreto que él era su hermano. Utilizando a un hombre hebreo como intérprete para comunicarse con ellos, les dijo: “¡Vosotros sois espías! Habéis venido para espiar a Egipto”.

Los hermanos de José lo negaron con amplios movimientos de sus cabezas: “No, no, no somos espías. Venimos desde la tierra de Canaán para comprar grano. Éramos doce hermanos, pero el menor está en casa y otro murió”.

José se cruzó de brazos y contempló a sus hermanos. “No os creo. ¿Cómo puedo saber que no sois espías?”. Los encerró en una celda durante tres días. Al tercer día, dijo: “Tomad algo de grano y regresad a casa. Traedme a vuestro hermano pequeño. Entonces sabré que estáis diciendo la verdad”.

Los hermanos temblaban de miedo. ¿Sería que Dios los estaba castigando por lo que le hicieron a su hermano menor tiempo atrás? Pensando en su mal comportamiento, cargaron sus burros con comida y partieron hacia la tierra de Canaán. Pero José se quedó con Simón y lo dejó en la cárcel para asegurarse de que sus hermanos regresarían a Egipto.



Cuando los asustados hermanos llegaron a casa, contaron a su padre todo lo sucedido. “El gobernador de Egipto es cruel y desagradable. ¡Metió a Simón en la cárcel ¡Debemos regresar a Egipto con Benjamín para poder liberar a nuestro hermano!”.

“Camino a casa, descubrí el dinero que utilizamos para comprar el grano escondido dentro de mi bolso de comida“, —añadió Zabulón. “¿Qué está haciendo Dios con nosotros?”. Los otros hermanos vaciaron sus bolsos de comida. ¡Para su sorpresa, dentro de sus sacos también había dinero escondido!

Jacob miró el dinero con ansiedad. “Nunca os dejaré llevar a Benjamín a Egipto. Me moriría si algo le sucediera”. Sin embargo, un día el grano adquirido en Egipto comenzó a agotarse. Todos empezaron a sentirse hambrientos y sus estómagos gruñían. Jacob dijo a sus hijos: “Volved a Egipto y comprad más comida”.

“Debemos llevar a Benjamín con nosotros”, dijo Judas. “De lo contrario, el gobernador nos meterá a todos en la cárcel”. Jacob suspiró y miró a Benjamín. No había nada más que pudiese hacer. “Está bien”, dijo. “Llevaos a Benjamín con vosotros. Si debo perder a mis hijos, que así sea”.



Los hermanos de José emprendieron camino hacia Egipto nuevamente, esta vez con Benjamín. Llevaron muchos regalos para el gobernador, incluyendo el doble de dinero que la vez anterior, para devolver el que había escondido en sus sacos.

Cuando José vio a Benjamín con sus hermanos, liberó a Simón de la cárcel e invitó a todos a su casa para que comieran con él. “Preparad una gran fiesta”, ordenó a sus sirvientes. “Estos hombres comerán conmigo esta noche”.

Los hermanos se miraban nerviosamente unos a otros: “¿Por qué el gobernador nos invita a comer? Quizás fue él quien hizo colocar el dinero en nuestros sacos para poder robar nuestros burros y convertirnos en esclavos”. Pero los visitantes hombres no tenían nada que temer. José les habló amablemente y los trató bien.

Esa noche, José celebró una fiesta magnífica para sus hermanos. Pero algo inusual ocurrió en la comida. Los sentó en la mesa en orden, desde el mayor hasta el menor y le sirvió a Benjamín cinco veces más comida que a los otros. “¿Cómo puede saber nuestras edades?”, susurraron. “¿Y por qué le ha dado más comida a Benjamín?”. Seguían sin tener ni idea de que el gobernador de Egipto era su hermano José.



Cuando la comida terminó, los hermanos querían irse a casa. José les dijo a sus sirvientes: “Llenadles los sacos con toda la comida que puedan transportar. Esconded mi copa de plata en el saco de Benjamín”. Quería saber si ellos amaban a Benjamín, o si tratarían a su hermano menor de la misma manera cruel en que lo habían tratado a él hace muchos años.

A la mañana siguiente los hermanos partieron hacia la tierra de Canaán. Pero no llegaron muy lejos. José envió a un sirviente tras ellos para acusarlos de haber robado su copa de plata. Cuando el sirviente los alcanzó dijo: “No encontramos la copa de plata del gobernador. ¿Os la habéis llevado?”.

“¡No! Nosotros no nos hemos robado nada”, exclamaron los hermanos. “No tenemos ningún motivo para robar la copa del gobernador”. El sirviente de José no les creía. Uno por uno, buscó dentro de los sacos de comida. Dentro del saco de Benjamín, encontró la copa perdida. Agarró la copa y la sostuvo sobre su cabeza. “¡Sois una banda de ladrones!” , gritó.

Los hermanos se quedaron mirando la copa atemorizados. Los hombres que robaban al gobernador podrían ser ejecutados. “No sabemos cómo pudo haber llegado la copa hasta el saco de Benjamín. Ninguno de nosotros robaría esa copa”. Pero el sirviente no escuchó a los hermanos. Los llevó de regreso a la ciudad para presentarlos ante José.



En casa de José, los hermanos se postraron en el suelo ante él rogando clemencia: “¿Cómo podemos demostrar que nosotros no robamos tu copa de plata?”. José los miró desde arriba y tamborileó sus dedos. “¿Pensasteis que podríais engañarme?”, preguntó con seriedad.

Señaló a Benjamín. “De ahora en adelante, Benjamín será mi esclavo. Los demás podéis marcharos a vuestras casas”. Preocupados por que a su padre se le rompiera el corazón si volvían a casa sin Benjamín, Judas se adelantó y se arrodilló a los pies de José. “No te quedes con Benjamín”, rogó. “Esta noticia mataría a nuestro padre. Ya perdió a un hijo. Permíteme ser tu esclavo en lugar de mi hermano”.

José estaba lleno de amor por su familia. Al preocuparse por Benjamín, estaba seguro de que sus corazones habían cambiado y que ya no eran malvados ni crueles. Respirando profundamente, ordenó a todos sus sirvientes salir fuera de la habitación. ¡Había llegado la hora de compartir su increíble secreto!



Los ojos de José se llenaron de lágrimas y comenzó a sollozar: “Soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis como esclavo”, explicó. “¿Vive aún mi padre?”. Los hermanos se quedaron mirando a José con incredulidad. Estaban tan asustados que no podían hablar. Con sus piernas temblando como gelatina, se miraron unos a otros esperando a ver qué sucedería después. ¿Los iba a castigar José por traicionarlo hacía ya tantos años?

Pero no tenían nada de qué preocuparse. José amaba a sus hermanos y ya los había perdonado. Abriendo sus brazos, dijo: “No temáis. Dios me hizo gobernador de Egipto. Él me envió aquí para salvar vidas. Lo que hicisteis por maldad, Dios lo convirtió en algo bueno”. José había entendido que Dios tenía un plan para salvar a su pueblo desde el principio.

Pronto los hermanos comenzaron a hablar, a reírse y a compartir historias. “Id a buscar a nuestro padre y a vuestras familias y venid a Egipto”, dijo José. “Yo cuidaré de todos vosotros”.

El faraón también estaba complacido. Dijo a José: “Ofrece mis carretas a tus hermanos para transportar a sus esposas e hijos. Que traigan a tu padre con ellos. Les daré la mejor tierra de Egipto y tendrán suficiente para comer”.



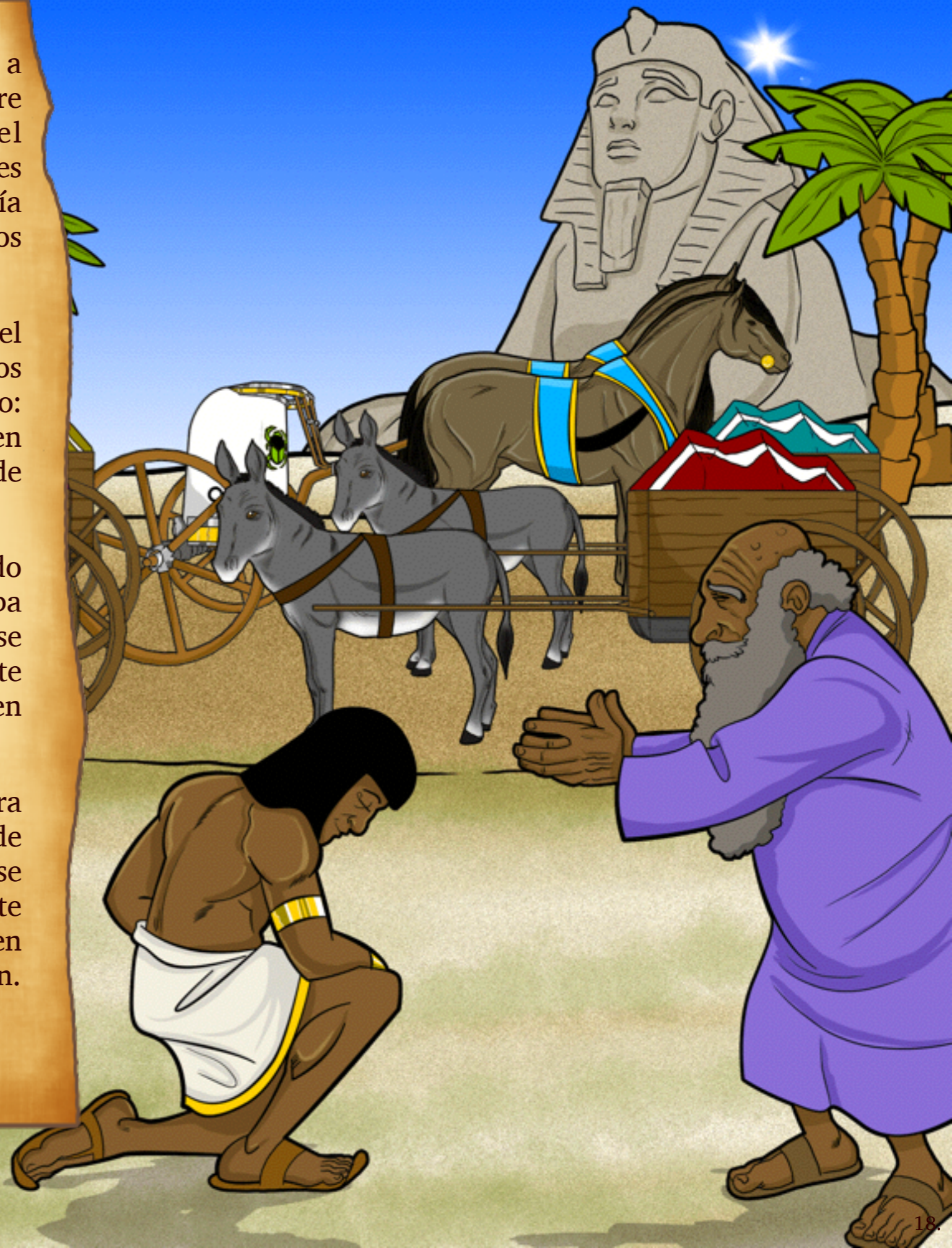
Los hermanos abandonaron Egipto y se apresuraron a llegar a su casa en Canaán donde esperaba su padre Jacob. “¡José aún vive!”, anunciaron. “Es el gobernador de todo Egipto”. Al principio Jacob no les creía. Pero cuando vio las carretas que José había enviado para llevarlo a Egipto, supo que sus hijos estaban diciendo la verdad.

Jacob empacó todas sus pertenencias y emprendió el camino hacia Egipto con su familia. En el camino, Dios habló a Jacob, a quien había dado un nombre nuevo: Israel: “Os acompañaré a Egipto, y os convertiréis en una gran nación. Algún día traeré a mi pueblo de vuelta a casa”.

Tan pronto como José oyó que su familia había llegado a Egipto, saltó a su carroza y voló a recibirla. Estaba ansioso por ver a su padre de nuevo. Cuando se encontraron, José se arrodilló ante él y lloró durante largo rato. Israel dijo a José: “¡Ahora puedo morir en paz. He visto a mi hijo vivo!”.

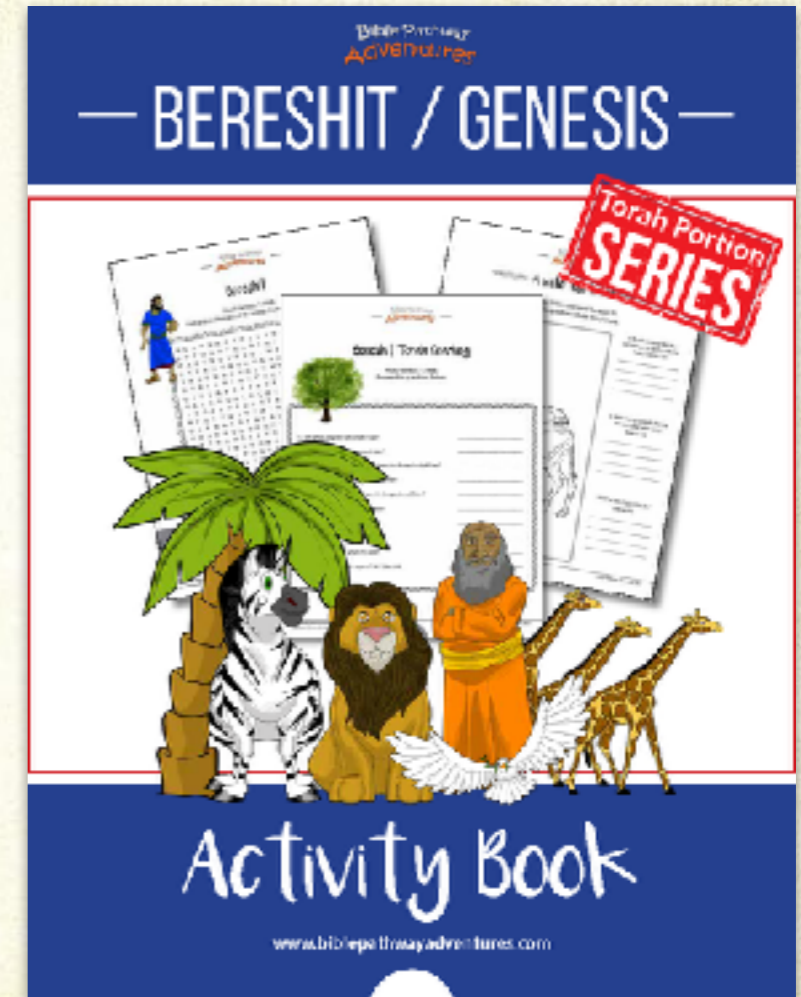
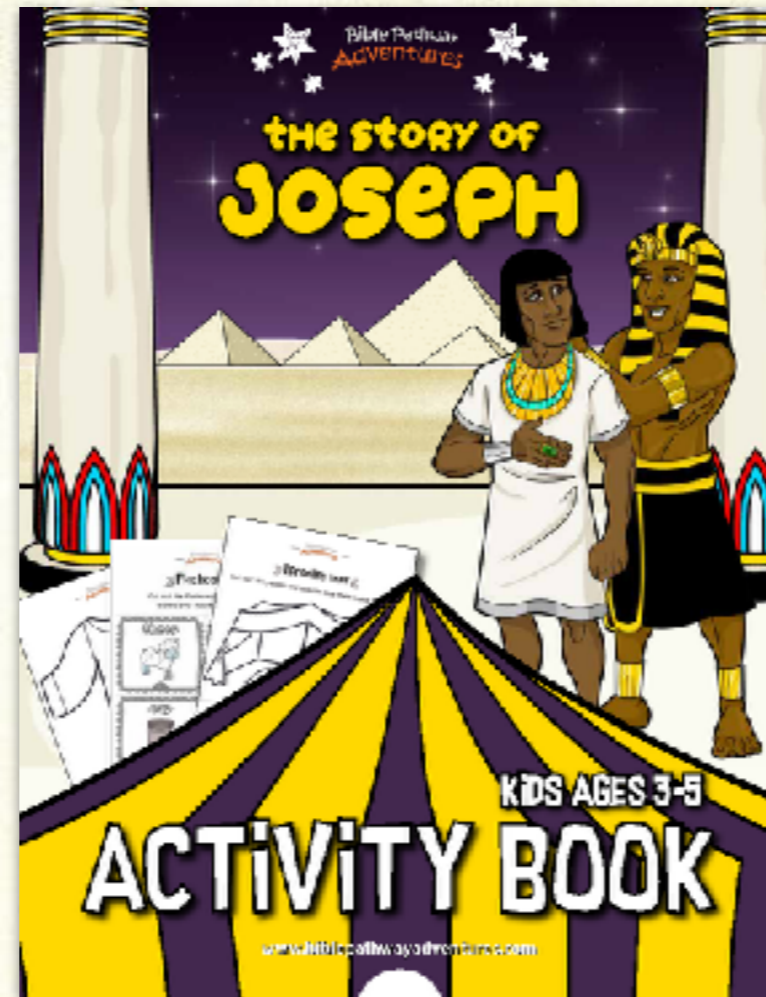
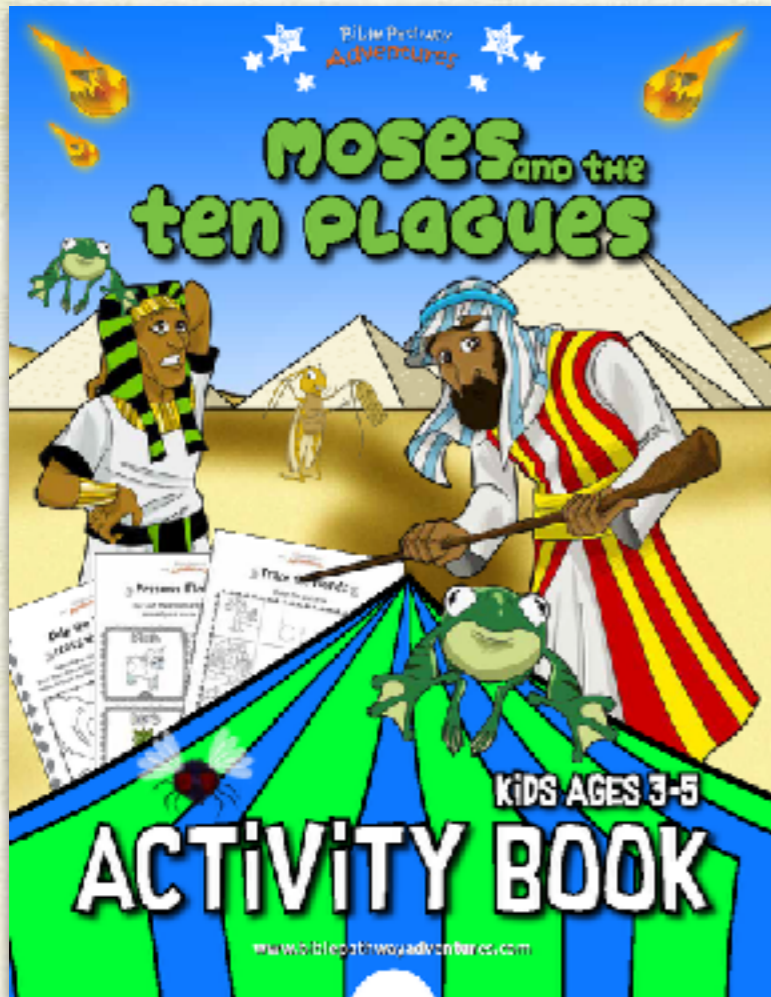
El faraón mantuvo su promesa. Entregó la mejor tierra de todo Egipto a la familia de José: la tierra de Goshen. Trabajaron duro y tuvieron muchos niños y se convirtieron en hombres enormemente ricos . Durante muchos años, los hebreos vivieron pacíficamente en Egipto, gracias a lo que José había hecho por el faraón.

FIN



Save time with our Instant Download Activity Books!

(click on a cover to learn more)



Did you know?

You can learn more
about our activity books at:
biblepathwayadventures.com/store



Senda de Aventuras Biblicas

